

Nelly Ritchie

Latinoamérica frente a la deuda externa



Intervención de la pastora Nelly Ritchie en el Panel sobre el tema "Latinoamérica frente a la deuda externa, una perspectiva ético-religiosa", durante el VIII Encuentro de Reflexión Mons. Angelelli, Agosto de 1999.

Esta realidad tan cruda, tan difícil, tan vivida, aunque a veces no explicitada por cada uno de nosotros y que son las consecuencias de esta deuda, tiene que tener su contrapartida. Nos sentimos como los discípulos en el mar, cuando se levanta la tormenta y le di-

cen al Maestro: "¿no te importa que nos hundamos?" Es ésta la sensación que sentimos: que no hay salida y que a Dios no le importa que nos hundamos.

Un economista evangélico hablando del compromiso de los cristianos y la economía dice que no basta con hacer una condena moral de la deuda y afirma: "el neoliberalismo no sólo parece inevitable, también puede justificarse a sí mismo apelando a su propio criterio de justicia. Sin embargo la iglesia o los cristianos pueden generar una respuesta eficaz. Un primer punto parece desmentir la inevitabilidad del modelo, esto es, afirmar el que hoy no haya una alternativa política y social no quiere decir que nunca la va haber".

La acción de Dios en la historia tiene un tiempo oportuno, lo que nosotros los cristianos llamamos el kairós de Dios, la irrupción. Mientras tanto estimulamos a esta generación a buscar alternativas eficaces, como decían en el '68 francés "lograr ampliar el campo de lo posible". Para ello es necesario que desarrollemos nuestra comprensión sobre qué quiere decir la revelación de Dios en la historia. En nuestro continente debemos hoy desarrollar una comprensión, desde la Biblia, de la realidad económica y política que sea operativa para la acción. De esa manera podremos hacer algo más que recomendar sensibilidad a los técnicos o a los gobiernos. Lograremos lo que hizo la iglesia primitiva frente al imperio romano: confrontar el entendimiento del mundo del paganismo con el logos de Cristo.

Siempre he discutido el tema de que vivimos en un mundo secularizado. Creo que vivimos en un mundo terriblemente religioso, pero no de la fe en la vida o en el logos, la palabra hecha carne, encarnada en el pueblo. Es interesante ver el lenguaje religioso que utilizan a veces los políticos y economistas o los que nos quieren decir que no hay posibilidades, alternativas y que éste es el único camino. Estamos frente a dos cami-

nos, como dice el Deuteronomio: "pongo delante tuyo la vida y la muerte, la maldición o la bendición".

Honar la deuda es el camino a la muerte y honrar la vida es el camino de la vida. Enrique Dussel presentaba, el año pasado, a la vida como criterio de verdad. Tendríamos que preguntarnos hoy si tomamos la vida como criterio de verdad y no las verdades que nos quieren hacer creer, asumir o imponer el sistema, si desde allí no tendríamos que revisar nuestras acciones. Hablo desde la perspectiva ecuménica, nuestras iglesias -en plural- cristianos, nosotros cada uno en su ámbito de acción, si desde ese criterio de verdad que es la vida no tendríamos que empezar a cambiar nuestra cosmovisión, nuestros acercamientos teológicos, nuestras verdades precarias, parciales, que hemos convertido como verdades inmutables, verdades no cuestionadas, porque son la verdad de nuestra comprensión, de una verdad que históricamente se ha ido revelando de un modo distinto y que no ha sido nunca inamovible sino al contrario. Dios se ha mostrado en una acción continua en la historia, pero históricamente mutable, cambiante, excepto en ese eje de la verdad que es la vida y la permanencia, la amplitud de vida, la abundancia de vida, la plenitud de vida y no sólo para las criaturas, la humanidad, sino también la plenitud de la vida para la creación.

Tenemos que empezar a cotejar esta realidad que duele, que no siempre podemos comprender y explicar desde los números económicos pero sí desde los "números" que conocemos de la gente, de los que llaman a nuestra puerta, del empobrecimiento de nuestras comunidades, de los pobres a los cuales ya no llamamos marginales porque están fuera del sistema y le llamamos excluidos. Frank Hinkelammert los llama, con mucha propiedad, la población redundante, es decir la gente que sobra. Y esto es también parte del costo de la deuda, que pesa más sobre los que menos tienen.

También hay que repensar el Jubileo, sé que la palabra jubileo ha sido muy utilizada, y a pesar de que todavía no entramos en el milenio parece como un tema trillado, pero no con un acercamiento que sí marcaba el Jubileo del Antiguo Testamento.

¿Qué era el Jubileo? Tenía que ver con ese tiempo, no sólo para que la tierra descansara -eso pasaba en el año sabático- sino que tenía que ver con aquel que había tenido que venderse: vender su fuerza de trabajo y convertirse en esclavo porque era con su propia vida que podía pagar el endeudamiento en el que había entrado. Era entonces también un tiempo en que se liberaba a los esclavos. Pero también tenía que ver con otro elemento que retoma Jesús: la reparación histórica, que no significa solamente que las deudas son saldadas, que los que han tenido que vender su fuerza de trabajo y convertidos en esclavos son liberados, que cada uno toma lo que le pertenecía, su propia parcela de tierra... sino que tiene que ver con for-

mar, con hacer un andamiaje ideológico -yo diría teológico, de un modo distinto de relacionarse con Dios, ecológico de modo distinto de relacionarse con la creación, no ya como mayordomos sino como huéspedes. Levítico 25 nos dice: "Mía es la tierra, dice el Señor y ustedes son mis huéspedes". El Jubileo lo que proponía era una reparación histórica, no simplemente como en determinado momento y en otros campos se nos hizo creer que es cuestión de "hagamos de cuenta que no pasó nada, hagamos de cuenta que no hay deuda y empecemos de nuevo". No, significaba un año de gracia para empezar a construir juntos una sociedad distinta, esa sociedad distinta por la cual personas como Angelelli fueron capaces de dar la vida, una sociedad distinta que mantenía la tensión entre la realidad y la utopía; entre la crueldad de esta realidad y la esperanza que nos viene de saber que no está todo en manos de las personas hombres y mujeres partícipes y cómplices de los caminos y de la lógica de la muerte, sino que ese Señor de la tierra es también Señor de la vida y sentirnos huéspedes es hacer de esta casa, de este espacio común, un espacio de vida para todos. No podemos ser felices, más, no podemos ser cristianos no podemos llevar ese nombre sino nos sensibiliza el que ésta casa, éste mundo no es de todos, es de unos pocos y cada vez de menos.

Quiero aportar una palabra de esperanza con el poema de Guido Bello y que dice simplemente "Vamos", como un llamado a no quedarse, a que a esto hay que darle una resolución y que cada uno desde sus capacidades tendrá que aportar a esa resolución. *La esperanza es un mapa que dibuja nuestro pueblo en busca de otras rutas*

La esperanza es larga caminata, sueño de una tierra liberada, hacha y pala del amor

La esperanza es carta que escribimos a los niños, hijos de estos hijos,

y esa garantía de que hay vida, de que va haber vida, de que hay posibilidades de vida en esta casa de todos y para todos y todas

un camino que abres con las manos y otros llegan hasta el mar.

La esperanza es trigo que Héctor siembra, Pedro cuida, Lázaro cosecha

La esperanza es pan que Rosa amasa, Julia pone al horno y Juan levanta en señal de comunión

La esperanza es manta que tejemos entre luchas, cárceles, destierro.

La esperanza es fuego en el camino, lana de ternura, sol de vino, fuerte abrazo de amistad

Vamos que ya vienen nuevos días

Vamos que se asoma la alegría,

Vamos que camina con nosotros Uno que hace amanecer.

Creo en ese Uno que hace amanecer y desde esa perspectiva tenemos que mirar ésta realidad con "Un oído en el Pueblo y otro en el Evangelio".